

El pensamiento y las creencias de César Vallejo

Ser y debe ser

Hacia fines de los años sesenta, cuando los estudiantes norteamericanos se planteaban rigurosas preguntas sobre brumosas ideas que empañaban el horizonte político de aquella época en crisis, me encontraba yo en una gran universidad de la zona central de los Estados Unidos que geográficamente se suele llamar *Midwest*. Recibí un día la invitación de asistir a una hora de clase en que sería analizada una poesía de César Vallejo por una profesora argentina que dictaba un curso de literatura hispanoamericana para estudiantes graduados. En el pequeño salón había un puñado de estudiantes, ansiosos de penetrar en la obra y el pensamiento del gran poeta peruano. Según el método de la catedrática, egresada de un instituto de profesorado de la provincia de Buenos Aires, los estudiantes tenían que hacer un «taller» analítico. Recibimos todos sendas fotocopias de un poema —cuyo título lamentó no recordar ya— que los jóvenes estudiantes comenzaron a leer verso por verso, debatiendo entre ellos las posibles interpretaciones de cada uno. La profesora, que gozaba de mucha reputación —había obtenido su doctorado en letras hispanas en aquella misma universidad del Midwest—, no quiso intervenir ni un instante en las controversias y dejó que los estudiantes se agotaran en discusiones. Pero ya se aproximaba el fin de la hora de clase y todos pidieron, con desespero, el fallo de la maestra. Sobre todo había una pregunta que atormentaba a esa pesada sazón, «¿Cuál era el mensaje del poeta?».

La profesora permanecía sonriendo misteriosamente y sólo un minuto antes de acabarse la clase, opinó: «El poeta no quiso decir *nada*». Se encogió de hombros y repitió saliendo del salón, «¡NADA!».

El efecto de ese «nada», perito y socarrón, fue desconcertante entre los estudiantes que tenían agudizado su espíritu inquisitivo por las duras ráfagas de la tormenta política que les rodeaba; a mí no me satisfizo nada aquel «nada» y me incitó a consultar las obras en prosa —ensayos y otros testimonios— del poeta.

Ya se reconoce que la poesía de Vallejo marca una ansiedad peculiar, fuera de los moldes conocidos, y un mensaje jaculatorio para aquella primavera venidera de la humanidad:

El poeta emite sus anunciaciones [...] insinuando en el corazón humano, de manera oscura e inextricable, pero viviente e infalible, el futuro vital del ser humano y sus infinitas posibilida-

des. El poeta *profetiza* (lo subrayado es nuestro) creando nebulosas sentimentales, vagos protoplasmas, inquietudes constructivas de justicia y bienestar social.

(en *Profecía y creación o el Adivino y el Trabajador*.)¹

César Vallejo fue, tal vez, uno de aquellos casos extraordinarios en que un poeta traspasa irremisiblemente los límites nacionales impuestos por su lengua o su patria, en sincera búsqueda de universalidad. Al transferirse del Perú a París (1923) cambió no sólo de meridianos geográficos, sino también de meridianos mentales. Sintió que nunca iba a volver a su patria y que, a pesar de sus dolencias físicas o bien por esas mismas, quedaría para el resto de su vida en París:

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.²

Se integró a la vida intelectual europea y adhirió, especialmente, al amplio movimiento de los intelectuales que apoyaban la recién nacida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Conviene recalcar que su esposa, Georgette Vallejo, señala³ una crisis interior del poeta cuando éste exclamó, en el primer semestre de 1927: «*Tout ça, ce n'est ni moi ni ma vie!*». Conociendo su vida íntima, su esposa nos informa:

Vallejo reflexiona, se interroga. ¿Hacia dónde va? ¿Cuál es su contribución a la vida de los hombres? Inquietud indefinida y primeros síntomas de la profunda crisis que pronto lo afectará gravemente (1927-28). Crisis moral y de conciencia indubitadamente, ya que es a raíz de ella que Vallejo entrevé haber detectado la causa de su agudo malestar: el alejamiento y la ignorancia de los problemas que más atormentan a la humanidad avasallada y sufrida en la cual vive. No obstante, se resiste a ver en el marxismo la solución a tan numerosos males, secularmente pretendidos insolubles e irremediables, aunque, por otra parte, sospecha y presiente que un sistema enteramente nuevo, y no por azar unánimemente rechazado por los explotadores y los prepotentes, ha de implicar necesaria e ineluctablemente algún mejoramiento por primera vez real, palpable, fundamental para las masas trabajadoras y frustradas. Y Vallejo empieza a estudiar la realidad social y el fenómeno marxista: asiste a charlas y reuniones en las que se exponen y discuten problemas socioeconómicos, lee folletos y libros que tratan de la lucha de clases, de la organización socialista del trabajo, se interesa en los autores y en los filmes soviéticos...

Dentro del tumulto parisiense de ideas y corrientes artísticas Vallejo se mantiene a buena distancia de la tentación cosmopolita. Balzac había escrito⁴ ya mucho antes que «Para quedarse en París hace falta no tener ni hogar ni patria, París es la ciudad del cosmopolita o de los hombres que han desposado al mundo y lo abrazan una y otra vez con los brazos de la Ciencia, del Arte y del Poder.» Vallejo adquiere, en cambio, una mejor perspectiva de su patria: «... voy aclarándome muchas ideas y muchos sentimientos de las cosas y de los hombres de América. Me parece que hay la necesidad de una sola gran cólera y de un terrible impulso destructor de todo lo que existe en esos

¹ En *El arte y la revolución (abreviación en lo sucesivo: AR)*, en César Vallejo, *Obras Completas, IV*. Barcelona, Editorial Laia, 1978, p. 47.

² En su poesía «*Piedra negra sobre una piedra blanca*».

³ En *Apuntes biográficos sobre César Vallejo (abreviado ABCV) por Georgette de Vallejo*. Barcelona, Editorial Laia, 1977, pp. 112-113.

⁴ *Honoré de Balzac*, *Recherche de l'Absolu*, en *Oeuvres, t. IX*. París, p. 492.

lugares. Hay que destruir y destruirse a sí mismo. Eso no puede continuar; no debe continuar. [...] Sin el sacrificio previo de uno mismo, no hay salud posible».⁵

En este período Vallejo no ocultaba su preocupación por su salud física y, en especial, por su confusión ideológica, poniendo de manifiesto su vivo deseo de *hallar su camino*.

«Quizás en Rusia lo halle...» escribe en una carta del 19 de octubre,⁶ día en que emprendía, después de haber pasado el verano retirado cerca de París, su primer viaje a la URSS. Ya había recibido cincuenta libras —nos informa su esposa—, suma que otorgaba el Perú a todo peruano deseoso de regresar a su país, mas él necesitaba poner fin a su angustia y eligió el viaje en dirección opuesta, «guardando la secreta esperanza de fijarse en Moscú...»⁷

Este primer viaje a la Unión Soviética cristaliza su pensamiento y su adhesión política. Al regresar rompe con Raúl Haya de la Torre y con el partido que éste había fundado, el APRA. Por ese entonces, José Carlos Mariátegui había constituido el Partido Comunista Peruano. En París, el 28 de diciembre, se constituyó la *Célula marxista-leninista peruana de París*, compuesta de seis miembros, entre ellos César Vallejo. La «célula» repudia ya desde sus comienzos al partido aprista. Al año siguiente, 1929, Vallejo emprende su segundo viaje a la URSS, de septiembre a noviembre. Tras estos dos breves viajes se fortalece la ideología del poeta y se fragua su militancia política.

A esta época pertenece su interesantísimo cuaderno de notas que el poeta iba a llamar su *libro de pensamientos*, en el que iría a añadir reflexiones personales hasta 1934. Aparecería más tarde, bajo forma de libro, con el título *El arte y la revolución*.⁸ Es para el poeta un libro de «valor sustantivo» y, efectivamente, poco se comprendería de su idiosincrasia y su visión del mundo sin leer y analizar este ideario suyo.

Sin que se le vaya la pluma en vaguedades, César Vallejo enfoca en forma dialéctica la naturaleza y la teleología del pensamiento:

Empecemos recordando el principio que atribuye al pensamiento una naturaleza y una función exclusivamente finalistas. Nada se piensa ni se concibe, sino con el fin de encontrar los medios de servir a necesidades e intereses precisos de la vida. [...] La inflexión finalista de todos los actos del pensamiento, es un hecho de absoluto rigor científico, cuya vigencia para la elaboración de la historia, se afirma más y más en la explicación moderna del espíritu.

[...]

«Los filósofos —dice Marx—, no han hecho hasta ahora sino interpretar el mundo de diversas maneras. De lo que se trata es de transformarlo.»

[...] El finalismo del pensamiento ha sido conservador, en vez de ser revolucionario.⁹

Para Vallejo la doctrina revolucionaria del pensamiento es, por consiguiente, el uso, valor o destino *transformador* del pensamiento. El intelectual revolucionario opera siempre con un pensamiento transformador, creando «obras vitalistas», ya que él «desplaza (¡!)

⁵ En ABCV, op. cit., p. 113.

⁶ Ibídem, p. 114.

⁷ Ibídem, p. 114.

⁸ Véase nuestra nota 1.

⁹ En AR, pp. 11-12.